

CULTO Y CLERO

Por Joan FUSTER

LO que realmente resulta chocante en esta última temporada es el escaso éxito que la maniobra de monseñor Lefèbvre ha tenido en las archidiócesis celtibéricas. Por lo menos, las noticias de Prensa no informan de ningún movimiento apreciable de canónigos o de vicarios que, poco o mucho, hayan suscrito la actitud cismática del mitrado francés. Este empecinado reverendo ha obtenido una discreta acogida en Francia, en Suiza, en Alemania: en tierras de herejes, por lo general. Y no es lo lógico. Puesto que se trata de un gesto ultrortodoxo, debería de haber sido en la católica España —«luz de Trento», recuerdan— donde encontrase los mayores ecos. Como es sabido, aquí todo el mundo fue siempre, y sigue siendo, más papista que el Papa: todo el mundo pío y clerical, se entiende. ¿A qué viene esa indiferencia? Me lo pregunto. Insisto en que el «clima» no deja de ser propicio. Al fin y al cabo, exceptuadas unas escasas docenas de curas «progres» —«dé-froqués» a parte—, el clero indígena no parece situarse en una línea excesivamente «conciliar». Pero ya se ve: nadie da un paso adelante para solidarizarse con el prelado discolo. Ni siquiera las Hermandades Sacerdotales de San Sardà i Salvany. Ni los mismísimos visionarios del Palmar de Troya...

Bueno, quizá piensen que Lefèbvre, por el simple hecho de ser francés, ya es sospechoso. El catolicismo cispirenaico desde muy antiguo tuvo una particular inclinación a desconfiar de los extranjeros. Incluso de los propios pontífices de Roma, en ocasiones. ¿Fue en tiempos de León XIII cuando en bastantes parroquias y conventos de estas latitudes se llegó a rezar rosarios y trisagios «por la conversión del Santo Padre»? Si no era León XIII, sería otro. Pero eso se cuenta. Ahora lo llaman «nacional-catolicismo»: ganas de inventarse etiquetas, y con mala intención, supongo. La verdad es que esta España de nuestros pecados, a partir de la conversión de Recaredo, tomó oficialmente la exclusiva de la fe católica, y el paso de los siglos no hizo sino consolidar esa ilusión. Felipe II instituyó el «telón de incienso», de indiscutible eficacia. Y antes y después, el Santo Oficio y más instituciones de vigilancia funcionaron con un rigor perfectamente útil. En el fondo, la convicción extendida fue que cualquier amago de disidencia ideológica procedía del exterior. No hubo jamás un verdadero «heterodoxo español»: don Marcelino escribió seis o siete libretos para demostrarlo. Y si hubo alguno, tuvo que ser un «mal español», claro.

¿Entonces, qué? También es posible que el episodio Lefèbvre tropiece hoy con obstáculos menores, pero ciertamente insalvables. El tema no es sencillo. A fin de cuentas, ¿en qué consiste la disidencia del citado arzobispo? ¿Lo de la misa en latín y el gregoriano? Parece poca cosa como argumento. Pablo VI también dice sus misas en latín —la televisión, en fiestas solemnes, las transmite— y consiente en acompañarse de las salmodias tradicionales. Por lo demás, entre la misa de San Pío V y la actual, las variantes son mediocres: las preces y las lecturas se mantienen, y las palabras de la consagración. ¿Será, pues, una cuestión de doctrina? Tal vez. Las sutilezas de los teólogos se prestan a lo peor como certifica la historia de veinte siglos de Iglesia o de Iglesias. Sólo que nadie sabe cuál es lo que el anciano Lefèbvre objeta, a nivel de teoría, a las conclusiones de los Padres Conciliares del Vaticano II, uno de los cuales fue él en persona. ¿Se equivocó la Asamblea Euménica? Mal asunto para Su Eminencia Lefèbvre; afirmar lo sería tanto como sostener que el Espíritu Santo se abstuvo de asistir con sus luces al Colegio-Apostólico. Puede que el mon-

señor de que hablamos sea ligeramente escéptico sobre la acción del Paráclito. Será su problema...

Pero volvamos a lo nuestro. Sea cual sea el fondo del sainete, me atengo a lo insinuado: a los «obstáculos menores». Por ejemplo, el latín. Los clérigos hispánicos nunca supieron mucho latín. Cuando el Vaticano II abrió las puertas a los «vernáculos», la multitud tonsurada se sintió profundamente aliviada. Ya no tendrían que aprender el «rosa rosae» ni los verbos irregulares, y archivar el breviario y la Vulgata —no precisamente ciceronianos— les llenaba de gozo. Su analfabetismo ancestral hallaba una salida honorable. Y lo mismo con el gregoriano. «Qui bene cantat bis orat», decía San Agustín. Los capitulares y los beneficiados cuando entonaban vísperas o completas desafinaban como unos condenados. Y tenían conciencia de ello. La «libertad conciliar» les permite, a ellos y a los párrocos, lanzarse a la neozarzueta y el pseudorock, y en ese ejercicio se sienten, sin duda, más cómodos... Y uno empieza a comprender que la propuesta Lefèbvre, de regresar al latín y al gregoriano, haya sido declinada. Nuestros curas serán tan «preconciliares» como tememos que son, pero no se chupan el dedo. Desde el ordinario de Cuenca hasta el último levita, la perspectiva «tridentina» no ha de gustarles.

¿La «doctrina»? El señor Menéndez Pelayo puso mucho énfasis —y el señor Unamuno también, a su modo— en la prodigiosa capacidad de la «raza» para la elucubración teológica. Era pura mentira. De estos pagos no han salido grandes teólogos nunca, ni ortodoxos ni he-

terodoxos. Si unos pocos filósofos y siempre aberrantes. Y sobre todo la gran masa grafómana de las sotanas y las cogullas se especializó en cánones, en distinguos de moral, en tiquismiquis escolásticos. Pero hasta eso se fue al carajo. El clero secular y regular hoy, aquí, vegeta en la inopia intelectual más evidente. Hago un esfuerzo para imaginarme la figura del «teólogo-ortodoxo-anti-conciliar», y abandono la partida. Mi paisano, el famoso padre Oltra, consiliario de croatas armados y de guerrilleros de Cristo Rey, nunca mostró aficiones teoréticas. ¿Don Venancio Marcos? La Administración tranquista durante años afligió a la ciudadanía con las «charlas radiofónicas» de este individuo. Ya hizo todo el mal que podía hacer con la complicidad de los Ministerios. No es un teólogo. Ni el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que, gracias a Calvo Serrano —uno tiene unos paisanos que ¡ya, ya!—, consideró que la Teología era una ciencia, levantó un gato por el rabo. Los teólogos de la posguerra no han rebasado las fronteras del triduo y la novena. Quizá lo más aproximado a un teólogo que se haya producido bajo el franquismo es el profesor Zubiri, y nadie se acuerda de este insigne teorizante.

Efectivamente, dadas las «condiciones objetivas» de la piel de toro, la idea del arzobispo Lefèbvre no tenía nada que hacer. Y sólo, repito, por las minucias de estos «obstáculos menores». De culto y clero.

Es una observación.